

CHARLES DICKENS, *Vida de Jesucristo*, introd. de Enrique García-Máiquez y trad. de Rafael Vázquez-Zamora, Espuela de Plata, Sevilla, 2022, 140 pp. ISBN: 978-84-18153-52-5.

Charles Dickens escribiría su *Vida de Jesucristo* (1846-1849) para satisfacer la curiosidad de sus hijos, bajo la condición de que el libro no fuera publicado hasta la muerte del último de ellos. Cuando Henry Dickens falleció en 1933, la obra póstuma de Dickens al fin veía la luz. Un año después, en 1934, el crítico cultural Rafael Vázquez-Zamora había de recordar en el prólogo a la edición española que se trata de una “historia para niños”. Una cualidad admirable de la escritura de Dickens es lo que podríamos llamar la sutileza de la realidad. Que el famoso novelista inglés se dirigiera a los niños, especialmente a sus hijos, a la hora de escribir su *Vida de Jesucristo* constituía ya una extrapolación de la significación espiritual, en el caso de que fuera accesible, de los evangelios. Aunque no consistiera literalmente, a diferencia de esta nueva alianza, en un libro para niños —¿hay libros para niños?—, el espíritu de la infancia, la bondad y la inocencia quedarían reflejados tanto en la vida de Jesucristo, quien exhortaría a las personas adultas a adoptar su actitud en sintonía con la trascendencia, como en la *Vida de Jesucristo*. Los niños ofrecen una visión privilegiada del mundo, y lo que sobreviva de ellos en nosotros es una sabiduría perenne. Que Rafael Vázquez-Zamora llegara a la conclusión de que el relato de Dickens era “cristalino” haría referencia tanto al estilo encomiable del autor de *Casa desolada* y *David Copperfield*, probablemente sus obras más potentes, como a su fidelidad al original de una manera implícita. Si, en efecto, los niños son en cierto modo una fuente del conocimiento, nuestra integridad moral, que no admite grados, dependerá del modo como asimilemos esta experiencia completa que es parte del pasado que nunca volverá.

Tampoco resulta muy difícil concebir, teniendo en cuenta el origen y el contexto judíos del propio Jesucristo, que la relación entre el padre y el hijo está vinculada, hasta cierto punto como un pretexto, por completo como un antecedente, con la relación entre el maestro (rabí) y el discípulo (talmid) o, en este caso, entre un gran escritor y sus lectores predilectos.¹ Dickens dispondría de un sentido de la interioridad —su contemporáneo Kierkegaard llamaría a esto la reserva de la interioridad²— que se corresponde con una lectura esotérica de su *Vida de Jesucristo*, pendiente, en un último gesto de dignidad por parte del autor, de ordenar una compensación urgente, ante la confesión del padre que admite que no se ha dedicado por entero a sus hijos, en el sentido de mantener en secreto, bajo la de por sí misteriosa envoltura de la literatura, el texto más conocido y más universal de toda la historia.

¹ Remito a mi reseña de AMOS OZ, "Los judíos y las palabras", en *La Torre del Virrey. Revista de Estudios Culturales*, No.5, 2015/1. <http://www.latorredelvirrey.org/rdlltv/index.php/libros-recibidos/numero-actual/327-resena/309-los-judios-y-las-palabras>

² KIERKEGAARD, *La época presente*, trad. de Manfred Svensson, Trotta, Madrid, 2013, p. 81 y ss.

Ante la revelación de la Escritura, lo que significa ya un registro textual sin el cual no se comprende la revelación divina, suponiendo además que todo el mundo tenga acceso por igual al texto sagrado, ¿cuál es la revelación de la literatura (si existe y, en ese caso, es posible comunicar o transmitir su contenido)? Que la literatura, como ocurre tantas veces, sobre todo en la actualidad, parezca solo una expresión— tampoco estaría mal leer a Dickens, y a cualquier autor que merezca nuestra atención a lo largo del tiempo, como un testigo de la historia de la literatura— ayudaría, sin embargo, a mostrar una perspectiva nueva de la revelación que, aunque no pudiera decirse, renovarían los caracteres literarios de cada presente al haber recuperado la primera palabra sin registrar (el habla, lo dicho) en lugar de fijar para siempre la impresión de la última palabra registrada (lo escrito).

Llegados a este punto, me cuesta mucho ver con claridad que la intención de Dickens, al escribir su *Vida de Jesucristo*, sea, como dice Enrique García-Máiquez en su introducción, la de crear “cristianos integrales” (p. 15), no solo porque conlleva un sesgo de adoctrinamiento en nuestro querido autor victoriano que resulta difícil de ubicar en la república de las letras aún más querida por el lector común, sino probablemente porque la posibilidad de ser cristianos integrales es tan remota como, por decirlo así, la de la materialización o la encarnación del espíritu, a menos que nos pongamos un tanto santayanesco y entonces el cuerpo no signifique más una rémora.³ Un comentario preciso excedería el margen que permite la escritura de la reseña. En todo caso, la existencia de un cristiano integral, si por un cristiano integral se entiende un cristiano total, sin doblez, un cristiano a secas, completo, logrado, o algo parecido a estos adjetivos incluido el de cristiano, es algo que estaría fuera de toda duda pensando en la resurrección de Jesucristo, pero no luego. Lo que quiero decir es que la resurrección de Jesucristo es la única que conocemos y la conocemos porque nos reconocemos de algún modo en ella. La verdad es que sí, como estoy tratando de sugerir, Jesucristo ha sido el único cristiano integral o genuino, en un contexto además en que no existía el cristianismo ni mucho menos la historia del cristianismo, el papel que juega el cristianismo, no digamos ya lo que se ha denominado la cristiandad, es de una ironía absoluta, sin ningún parangón.

En esto el lector debería ser extraordinariamente cauto en la medida en que la posibilidad de la comunicación de la fe, que no es en principio ningún conocimiento, especialmente a la infancia, deriva en una escritura (revelada o no) que puede resultar tendenciosamente ajena al motivo original de la fe.

Tal vez, siguiendo a Dickens, fuera más conveniente, en un tiempo tan desnaturalizado como el nuestro, conservar la fe antes que, y en lugar de, comunicar la fe. En mi opinión, el autor londinense se refiere precisamente a esto, y puede ser, al margen de la simplicidad de su planteamiento, el hallazgo personal de Dickens. El modo de conservar la fe sería imitar la Escritura, y la escritura de la literatura podía ser un reflejo más o menos fiel de ello, siempre teniendo presente que, si Jesucristo era, como Sócrates, inimitable, entonces la existencia de los cristianos integrales sería la prueba fehaciente, nunca mejor dicho, de que la verdad (revelada, al menos) resulta inefable. En un giro de la conocida frase de Wittgenstein, podemos decir que de lo que no se puede hablar es mejor escribir. En ese sentido, Dickens ha pretendido honrar la memoria del hombre sacrificando la humanidad de un mundo de lectores, reconciliando al hombre consigo mismo, convirtiendo su escritura en un contenedor

³ Véase la muy recomendable nueva edición de GEORGE SANTAYANA, *Antología del espíritu*, trad. de Antonio Lastra, Fundación Banco Santander, Madrid, 2013, p. 267: “El espíritu sopla donde quiere y deshace continuamente su propia obra”, así como la entrevista con Fernando Savater en <https://www.youtube.com/watch?v=fDMtaOCgyDc>.

de la humildad que hace falta para renovar (el significado de) cada vida en particular. Por tanto, que la *Vida de Jesucristo* fuera para Rafael Vázquez-Zamora la biografía al revelar “cómo es y dónde está la Vida” (p. 28), no implica que la ausencia de razonamiento sea, como menciona el traductor onubense, la mejor cualidad de su obra. La cristiandad de la que hablaba Dickens consiste, en realidad, en el camino que va desde la impaciencia del comienzo hasta la tranquilidad del espíritu, o lo que Erasmo llamaba la paz. Empujado por esa impaciencia, Dickens afirma que la vida de Jesucristo “debía conocerla” todo el mundo de manera que, en cada nueva época o presente, la historia volvía a empezar, aunque para ello sería necesario reconocer en la humildad la capacidad para perdonar. La valiosa lección de vida de Dickens era que solo la humildad nos conduce al perdón, mientras que la piedad natural no puede provenir de la humildad forzada; una lección vital que deja las puertas abiertas a la última palabra...

Antonio Fernández Díez

<https://orcid.org/0000-0002-4505-0154>

<https://uclm.academia.edu/AntonioFernándezDíez>